

LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS Y SU BIBLIOTECA¹

Llamo acontecimiento intelectual a la apertura de la Biblioteca de nuestra Universidad, y al decirlo no pienso extremar su importancia ni afirmar que esta nueva fuente de cultura superior sea el único fecundo renovador de nuestra mentalidad. Bien sé que otros factores extraños y difíciles influyen en nuestra situación intelectual: la imitación viciosa y parcial, el enervador memorialismo, la falta de enseñanza activa y de métodos socráticos, la débil corriente científica que llega a nuestro horizonte intelectual. Pretender que una República mal afirmada aún en su régimen político y económico, forme espíritus de alta selección, inteligencias de potencia creadora, es olvidar el ligamen que une los hechos sociales sujetándolos a una ley de coexistencia. Nuestra herencia mental es también contraria a las originales investigaciones, a la nota personal de los estudios. Desde el coloniaje hemos vivido de una ciencia pasiva, de un saber repetidor e inmodesto, con el fácil brillo de la elocuencia, pero sin las severas vestiduras de la investigación metódica y paciente. La inteligencia nacional —el dato primario de nuestra psicología— contradice todos los propósitos científicos. La ciencia exige larga paciencia, coordinación de esfuerzos, amplitud de observación, minuciosa tarea erudita: para saber, en el sentido verdadero y fecundo, hay que conocer los datos pasados, la historia del problema, los puntos cardinales de su aspecto bibliográfico, adaptarse a nuevas formas, no retroceder ante los tanteos, unir de aquí una nota perdida, de allí un hecho significativo y sólo afirmar resueltamente cuando, dentro del subjetivismo de nuestra mente, los hechos se combinan en forma evidente o se impone un juicio negativo con la misma claridad. La ciencia es obra de esfuerzo, de espe-

¹ «La Biblioteca y la Universidad». Artículo publicado en *La Prensa*, Lima, 16 de octubre de 1904. [THM]

ra, de absoluta honradez. La inteligencia nuestra —hecha para la improvisación, para la intuición brillante, para la asimilación amena, para el discreto imaginativo— se adapta difícilmente a las exigencias científicas. En este sentido, nunca se le predicará bastante el esfuerzo, el reposo creador, la tranquilidad reflexiva, para que la labor oscura de las fuerzas inconscientes produzca en el cerebro alguna combinación feliz, traiga a la plena luz de la conciencia algún boceto de grandes creaciones. Nunca se le pedirá bastante que no olvide lo que hay en la ciencia de voluntad, primero, en la continuidad de la investigación, en la robustez de los avances intelectuales; segundo, en la imparcialidad ante el hecho exterior, en esa aceptación de la evidencia que aconsejaba Descartes en sus reglas de método.

Pero si no podemos pedir sabios, si no hemos de ambicionar esa *élite* que en los pueblos de gran diferenciación social dirige el proceso de las inteligencias e impone su verbo al mundo, podemos exigir de nuestra juventud mayor esfuerzo, mayor preparación, mayor conciencia y sinceridad en la obra intelectual. ¿Qué haríamos nosotros con un Fouillée, por ejemplo? Sería el más sombrío de los personajes desarraigados, ni se le podría estimular como lo exige un gran cerebro solitario, ni tendría esa legión de discípulos, de émulos, de admiradores, que es un gran factor en los esfuerzos intelectuales. Antes que nuestra nacionalidad salude la aparición de un verdadero filósofo, de un gran sociólogo, pasarán muchas generaciones. Preparemos, nosotros, los oscuros obreros de este momento de la historia nacional, la obra de los futuros reveladores; para ello, las tesis, los trabajos científicos, los análisis de libros o de doctrinas, las críticas, deben ser continuas y llenas de savia joven.

La Biblioteca de la Universidad, abierta por el esfuerzo de sus directores, es para esta dirección de la actividad nacional un gran triunfo, una fecha clásica. Una Universidad sin biblioteca es en el siglo XX lo mismo que un laboratorio sin retortas. ¿Cómo, en el centro donde se forma la ciencia, donde no se acepta la voz dogmática del *magister*, donde se analiza y se discute y el espíritu llega a la total renovación de sus cuadros mentales, no hay libros que leer, no hay colecciones que consultar? Al fin hemos salido de este absurdo régimen que para una mirada observadora haría pensar en que nuestra Universidad sólo enseña ciencia muerta, pensar cristalizado y caduco, fórmula hecha sin virtualidad interior y sin fecundidad intelectual. Y en esa Biblioteca se han reunido felizmente las obras de interés general, de espíritu filosófico y social, a las colecciones especializadas, a los libros de doctrina jurídica. Lo más

granado del pensamiento contemporáneo, los libros de Fouillée, de Tarde, de Spencer, de Worms, de Guyau, de Ribot, de Summer Maine, de Giddings, de Huxley, etc., reposan en los largos anaqueles. Imposible sería citar todas las obras de importancia actual que una mano paciente ha reunido y catalogado. Creo sinceramente que en la Biblioteca universitaria —visitada por mí muchas veces— hay doctrina y ciencia moderna, hay alimento saneado para todas las inteligencias y que el que la hubiera leído íntegramente, o siquiera en sus obras capitales, sería un joven de nuestro siglo, presionado por sus anhelos y consciente de sus direcciones filosóficas y sociales. La Biblioteca es muy rica en la sección de letras, en libros de filosofía, de estética, sociología e historia, lo es menos en obras jurídicas y económicas; pero todas las secciones progresarán si continúa el mismo celo que ha presidido a su formación y enriquecimiento.

Puede ser que sea yo muy enamorado de quimeras, pero no puedo negar mi fuerte esperanza en los efectos psicológicos de una biblioteca para el ideal democrático. Hasta hoy se ha leído poquísimo en el Perú o no se ha leído: la Universidad era la edad de los pequeños ensayos, de las lecturas de breve dosis; la vida traía el olvido de los libros, el imperio del automatismo. ¿Para qué leer si con algunas nociones rezagadas, con un saber aparatoso y solemne, con la agudeza intelectual que es el patrimonio de nuestros hombres, se alcanzan todos los renombres, se reciben todos los honores republicanos? Justo es afirmar que la lectura era difícil, que se establecía la más vergonzosa de las superioridades, la de leer, porque había muchos que no podían seguir el movimiento de las publicaciones, ni emplear sus dineros en formar privadas bibliotecas. Una biblioteca puesta al servicio de todos los jóvenes facilitará la extensión científica, la elevación de todos los que tienen talento y voluntad y producirá, a la larga, un fenómeno que saludo con aplauso: se exigirá más para ascender, se discutirán muchos títulos, caerán muchos fetiches. Cuando muchos sean ilustrados, cuando todos conozcan la misma ciencia, habrá que ser superior para surgir, se admirará con paliativos, con espíritu crítico, con prudente examen, y no se creerá en el talento del que resuelve en ocho páginas un gran problema científico.

En segundo lugar, la cultura de las nuevas generaciones será general y equilibrada, aspirará a ese integralismo que es el ideal de todos los espíritus científicos. No hay que perseguir la enciclopedia, pero tampoco hay que caer en la viciosa especialización del profesional. Hay que conocer los grandes problemas del siglo, lo que hoy se discute sobre los

intereses superiores de la especie. Refería Renán —y France repite la anécdota— que paseando por un museo, un especialista le explicó sabiamente una sección y cuando llegó a otra, dijo desdeñosamente: «No es mi vitrina». A cuántos de nuestros profesionales les ocurre el mismo fenómeno de unilateralidad. Son monstruosamente ignorantes en lo que no se refiere directamente a la vitrina, al pequeño anaquel dentro del cual han encerrado la ciencia que para ellos es el eje del mundo. Hay que extender la cultura general, la cultura humana —filosofía, sociología— para levantar el nivel intelectual de la juventud y enseñarle la tolerancia, la amable curiosidad de otros dominios, la preocupación por serios y profundos problemas.

Por último, las tesis serán mejores, y ésta es la suprema esperanza de todos los que comprenden cuánto talento se pierde en la errabunda marcha de los jóvenes, cuánta fuerza se dilapida por falta de fecunda dirección magistral. En este sentido hay mucho por hacer. Los maestros generosos —los que comprendan que tienen «cura de alma»— deben (es ciertamente un deber sólo para los espíritus privilegiados) indicar o aceptar las sugerencias de sus alumnos sobre temas científicos y ayudarlos eficazmente en la labor bibliográfica y en el cuadro general del trabajo. ¿Cómo exigir grandes esfuerzos del que no ha podido ni orientarse en la materia, del que camina a tanteos y sin disciplina científica? Mi opinión es que la Biblioteca debería encargar las obras de consulta que solicitan los alumnos para sus tesis, cuando no pasaran de cierto número, y que las Facultades deberían organizar, a semejanza de las norteamericanas, pequeñas bibliotecas donde se fueran publicando los trabajos. El día en que cada tesis sea un estudio completo, un estudio perfecto de la materia, después de leer las obras capitales, se renovará nuestro acervo científico y podremos decir que si un pueblo vale por juventud, el nuestro ha probado que es capaz de todos los esfuerzos generosos y de todas las tentativas ideales. Nuestra Biblioteca universitaria es la primera base de esta bella orientación del porvenir.

En fin, hay dos datos de la psicología del universitario que siempre me han parecido peligrosos y que una biblioteca puede reformar. Cuando ingresé a la Universidad se creía que el estudiar era estigma, se unía el concepto de universitario aplicado al de universitario torpe. Hoy ha desaparecido esa idea que se aliaba a otras no menos tristes y viciosas. Se hacía alarde de improvisar exámenes, se creía que el talento consistía en precipitar lo que los franceses llaman el *chauffage*, la preparación presurosa y superficial, coronada por exámenes más o menos felices.

Con este concepto persistente nada se puede hacer. Hoy los talentos espontáneos, los creadores, son plantas raras o repetidores de lo que otros pensaron. Para sobresalir en cualquier estudio hay que conocer su estado actual, y esto supone largas vigiliias de análisis y de lecturas. Cualquiera puede decir por experiencia propia si no siente que su cerebro crece con la lectura y el análisis, si comparando su estado mental de un año a otro, de un período a otro, no lo siente más rico, más flexible, más fuerte para nuevos estudios. Hoy el talento sin el estudio tenaz es una fuerza dilapidada.

Otra idea curiosísima, que no es sino la ingenua confesión de impotencia en la voluntad, es que aquí no se produce nada original, que nuestra literatura es copia de copias y reflejo de reflejos. Hay espíritus superiores en el Perú que hacen gala de nunca leer lo nacional (es verdad que tampoco leen lo extranjero), porque suponen que no puede enseñarles nada que no sea repetición del pensamiento exótico. Otros no quieren escribir ni publicar porque sienten que no podrán ser originales. En esto hay ridículas pretensiones, egotismos enfermizos, ambiciones de creador encerradas en almas de pigmeo.

El que nada dice es porque nada tiene que decir, el que no produce obras modestas, porque persigue siempre productos geniales, es un impotente con disfraz de modestia. La verdadera modestia, la verdadera sinceridad, está en producir y trabajar enérgicamente, en acumular esfuerzos y estudios. El proceso de la invención tiene por base la imitación: los creadores han tenido su período de imitadores. Imitar a muchos es ya no imitar y, por lo mismo, el que persigue la originalidad, como flor suprema de su esfuerzo, debe comenzar por estudiar a otros, por hacer adaptaciones, por enriquecerse con asimilaciones. Sólo así nace el producto creador. Yo quisiera que en el cerebro de la juventud se grabara enérgicamente el pensamiento humano de Goethe: todo ha sido ya pensado, sólo hay que pensarlo otra vez.